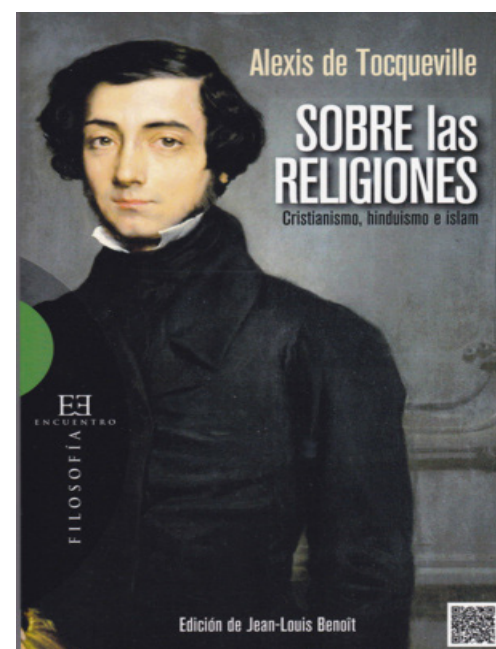


Una constante en el devenir de la humanidad es la necesidad que tienen los seres humanos de proyectar sus ideas benefactoras, y especialmente sus emociones positivas, en la creación de áreas de bondad, las cuales permiten justificar o dar sentido a su comportamiento cotidiano cuando está acorde con esas ideas bondadosas. Una de esas áreas de bondad, posiblemente la que ha tenido mayor trascendencia a lo largo de los siglos, es la religión. Además de dar una explicación no racional al hecho de la muerte, lo cual ha sido un importante consuelo emocional para muchos porque permite pensar en una vida ulterior como algo posible, las religiones han tenido y tienen la función de formalizar una buena parte de las ideas bondadosas que el ser humano es capaz de pensar. Las ideas morales nacidas en el seno de cualquier religión pueden considerarse una codificación de las ideas de bondad que el ser humano ha venido elaborando mediante el uso de su pensamiento y mediante la aplicación de su propia experiencia.

Las religiones han sido las depositarias de las ideas de bondad producidas por los seres humanos a lo largo de los siglos. Sin embargo, todo esto se pone en cuestión con la Ilustración, al surgir modos de pensar bondadosos o benefactores no necesariamente vinculados a una determinada religión. A partir de entonces la moral religiosa, anclada en una divinidad que exige un acto de creencia no racional y que se manifiesta mediante la revelación, convive con la moral laica o no religiosa que, siendo muy parecida a la moral religiosa en muchos aspectos, se fundamenta exclusivamente en el puro pensamiento racional, ajeno a cualquier idea de revelación sobrenatural.

Pese a ese diverso origen, la moral religiosa y la no religiosa no presentan un contenido tan diferente en lo que concierne a la regulación de las relaciones entre las personas. Salvadas ciertas exigencias morales impuestas por cada divinidad en función de sus propias características (piénsese en el cristianismo, en el islamismo o en el hinduismo, por aludir a las religiones contempladas en el libro que se comenta; o también en el judaísmo, en el

ALEXIS DE TOCQUEVILLE,
Sobre las religiones (cristianismo, hinduismo e islam),
edición de Jean-Louis Benoît, traducción de Fernando Caro, Ediciones Encuentro, Madrid, 2013,
159 pp. ISBN 978-84-9920-168-9.



Palabras clave:

religión
bondad
moral
democracia



confucianismo o en cualquier otra religión), la moral de cada religión es muy parecida a las restantes, al menos en lo sustancial, y también a la moral no religiosa. Por lo que, existiendo esa básica similitud moral, las religiones pueden seguir satisfaciendo, junto a la cada vez más extendida moral laica o no religiosa, el cometido de ser depositarias de las ideas de bondad inherentes al ser humano.

En la configuración de las reglas de la convivencia social a lo largo del tiempo, que constituyen una parte muy importante de la moral entendida como el conjunto de ideas benéficas o bondadosas que regulan las relaciones entre los seres humanos, las religiones han tenido un papel fundamental, por lo que su proyección en el ámbito social y político queda fuera de toda duda.

Esta es la idea básica que late en el libro que se comenta: la utilidad que las religiones tienen y han tenido para vertebrar cualquier sociedad, especialmente desde un punto de vista político. Se trata de una realidad que nadie puede negar, ni siquiera el más conspicuo de los ateos beligerantes. Cualquier religión ha inspirado numerosas reglas morales y lo sigue haciendo en la actualidad: no es posible desechar a priori las indicaciones de los dirigentes religiosos en cualquier aspecto del comportamiento humano que pueda afectar o dañar a otra persona o a la sociedad, sino que deben ser analizadas y valoradas, tal y como siempre ha venido ocurriendo. Esto es lo que, en pocas palabras, dice Alexis de Tocqueville a través de los escritos recogidos en el libro que se analiza. Ofrece una visión muy moderna, sociológica, del hecho religioso, al considerarlo tanto en su dimensión social y política como moral y existencial. Estima que el hecho religioso está ligado por naturaleza a la situación social y política, al *hic et nunc* de la sociedad.

“Además de dar una explicación no racional al hecho de la muerte, las religiones han tenido y tienen la función de formalizar una buena parte de las ideas bondadosas que el ser humano es capaz de pensar”

Para Tocqueville es inconcebible imaginar una sociedad sin considerar el papel jugado en ella por la religión. Por ejemplo, admira profundamente el mensaje de los Evangelios y la sustitución de valores que llevó a cabo el cristianismo original, siendo portador de un sistema

axiológico democrático. Y al mismo tiempo, partiendo del ejemplo de los Estados Unidos, admite que una sociedad democrática puede ser al mismo tiempo muy religiosa, siempre y cuando se establezca una clara separación entre las Iglesias y el Estado.

Por tanto, la religión, cualquiera que sea, aporta creencias y prácticas que tienen una indudable significación positiva y benefactora para cada individuo, pero también para la sociedad al suministrarle reglas o pautas de conducta que contribuyen a su desarrollo, especialmente las relativas a las obligaciones de cada persona con respecto a sus semejantes o hacia la sociedad misma. Las religiones suelen ofrecer soluciones concretas y claras para una buena parte de los problemas individuales o sociales que se plantean. Otra cosa muy diferente es que la solución ofrecida por una determinada religión con respecto a un concreto problema o situación conflictiva sea aceptable, y en qué medida, por quien tiene el poder político, o incluso por un sector más o menos relevante de la sociedad. Además, señala Tocqueville que las religiones deben persistir en el tiempo, cumpliendo el cometido de trascendencia y de regulación moral que les es propio, porque de no ser así, cuando la religión desaparece en una determinada sociedad, también quedan fuera las directrices hasta entonces ofrecidas por esa misma religión. La duda y la confusión se apodera de los individuos, especialmente de quienes están en la capa más elevada de la inteligencia, y se entra en una zona de oscuridad que, o bien es reemplazada prontamente por otras directrices, o bien genera una espiral de descontrol que a nada bueno conduce.

De ahí que la consideración de las religiones desde un punto de vista puramente humano, centradas en mantener una razonable vigencia de las mismas dentro de las democracias, al servirles de criterio orientador o informador en el planteamiento y solución —total o parcial— de una importante cantidad de problemas y conflictos, constituye un *desideratum* por el que claramente se inclina Tocqueville: “Es preciso, por consiguiente, que los legis-

“La moral de cada religión es muy parecida a las restantes, al menos en lo sustancial, y también a la moral no religiosa”

ladores de las democracias y todos los hombres honestos e instruidos que viven en ellas, se apliquen sin descanso a elevar las almas y a mantenerlas erguidas hacia el cielo” (p. 23). Lo que en pocas palabras significa que ‘Tocqueville resalta la idea de que los políticos o los legisladores, aunque también los juzgadores, los funcionarios o los policías se han de afanar diariamente para tratar de actuar de acuerdo con criterios o reglas de bondad en sus relaciones con los demás individuos o con la sociedad. Y ahí la religión sigue teniendo mucho que decir, al desempeñar un papel esencial tanto en la regulación como en el control social.

Partiendo de la idea de que la “apetencia de bienestar conforma el rasgo sobresaliente e indeleble de las épocas democráticas” (p. 108), afirma Tocqueville: “El principal propósito de las religiones es purificar, ordenar y restringir el deseo demasiado ardiente y demasiado excluyente por el bienestar que experimentan los hombres en tiempos de igualdad, pero creo que harían mal tratando de someterlo por completo y destruirlo. No conseguirán, de ninguna forma, desviar a los hombres del anhelo de riqueza, pero sí pueden persuadirles de no enriquecerse sino por medios honestos” (p. 109). Estas palabras de Tocqueville, que son de una actualidad indudable, porque son perennes, reflejan con claridad la función de control informal que la moral religiosa (de cualquier religión) está llamada a realizar.

Tras analizar por separado tres religiones muy relevantes —la cristiana, la musulmana y la hinduista—, Tocqueville llega a la conclusión de que el cristianismo supera al islam y al hinduismo, porque los valores universales que le son propios, especialmente el de la igualdad democrática, no son considerados por las otras dos religiones. Bien es verdad que no examina otras religiones no menos importantes, pero esta carencia no condiciona la conclusión final acerca de la importancia política y social de las religiones, como un importante instrumento de control de la democracia.

“Una sociedad democrática puede ser al mismo tiempo muy religiosa, siempre y cuando se establezca una clara separación entre las Iglesias y el Estado”

En definitiva, las religiones ofrecen unos criterios de actuación benéfica o bondadosa que deben servir de orientación para quienes tienen alguna responsabilidad en el desarrollo o en el ejercicio de cualquier actividad relacionada con la democracia, especialmente a los políticos y a los legisladores, aunque también a todo aquel que realiza alguna actividad con repercusión pública o social. Si esos criterios morales nacidos de las religiones pueden servir como orientación, cosa que suele ocurrir en la práctica con mayor o menor frecuencia, es indiscutible que forman parte del entramado de controles que ha de haber en toda democracia. Y es esto lo que permite afirmar que las religiones constituyen un importante elemento de consolidación de las democracias. Esta fue una de las relevantes aportaciones que hizo Alexis de Tocqueville, hacia mediados del siglo XIX, a favor de la implantación y consolidación de la democracia como el único sistema político y social que es posible sin merma de los derechos y libertades de las personas.

“Las religiones ofrecen unos criterios de actuación benéfica o bondadosa que deben servir de orientación para quienes tienen alguna responsabilidad en el desarrollo o en el ejercicio de cualquier actividad relacionada con la democracia”

Carlos Climent Durán